

Nuevos Encuadres. Reconsideración de la transferencia-contratransferencia¹

Asbed Aryan

*“No se ve bien sino con el corazón,
lo esencial es invisible a los ojos”*

A. De Saint-Exupéry

*“Desde que Freud postuló el psicoanálisis
es necesario redefinir el concepto de ciencia”*

Oscar Masotta

Es parte de la ética del psicoanalista sostener la búsqueda de nuevos instrumentos teóricos y clínicos, destinados a ampliar las aplicaciones del Psicoanálisis, al compás de nuevos paradigmas y transformaciones socioculturales, filosóficas, científicas y económicas.

Lo que parece en ocasiones novedad clínica dentro de lo ya conocido teóricamente, pronto pasa a observarse en distintos analizantes y a poco andar encontramos colegas con los mismos interrogantes que deben llevarnos a reconsiderar entre otras cosas el encuadre con el que estamos trabajando porque la novedad debe ser enfocada como un problema que ya es también nuestro, y no sólo y fácilmente adjudicable a la psicopatología del o de los analizantes.

¹ Este trabajo ha sido parcialmente presentado en Chicago (2009), Bogotá (2010), Montevideo (2010) y México (2011). Ésta es una versión, reelaborada y reformulada de la versión del 2003, con bibliografía actualizada.

Estas novedades y posibilidades muestran una vez más que el mantenimiento de un contrato y un diálogo analíticos se basa fundamentalmente en las características del vínculo entre aquellos que quieren trabajar juntos, esto es, si el que consulta quiere analizarse (más allá de las resistencias, que después aparecerán como material de análisis) y si el analista, junto con la orientación, la destreza y la confianza que tiene en su método practicado, cuenta con un mínimo de expectativas en las potencialidades psicoanalíticas, tanto de sí mismo y su método como del analizando.

¿Qué se hará?: el análisis de la subjetividad de una persona.

¿Cómo se hará?: con el trabajo mancomunado de dos personas, el interesado y un analista. Un interesado que tiene el deseo de analizarse y un analista que tenga confianza en su método.

De modo que hay algo que re-considerar. Ya no nos podemos conformar con lo clásico, sabido y practicado del psicoanálisis porque hay novedades que se han *transformado* en hechos clínicos y obstáculos que devienen en nuevas posibilidades de investigación. Es lo que ocurre en esta primera década del siglo XXI con el caso de la práctica del análisis a distancia por teléfono y/o skype.

Consideraciones generales

El método psicoanalítico es un conjunto de reglas y normas para investigar el inconsciente y aliviar al paciente propiciando cambios psíquicos. Lo hace a medida que estimula el despliegue de la disposición a transferir (lo infantil sexual y reprimido, ansiedades y defensas pregenitales y edípicas). El método incluye también en cada caso un determinado estímulo, los *rasgos personales del analista* y su manera de aplicar el método (Lieberman, D., 1970; Meltzer, D., 1968). Como actitud analítica general, considero que el análisis al investigar también alivia y puede lograr cambios, pero nunca pierdo de vista que si estoy siendo fiel al método prioritariamente para investigar, no estoy siendo fiel al método para lo que fue creado por Freud, esto es, curar a las histéricas, objetivo que rápidamente hizo extensivo a los neuróticos en general. Fue cambiando y mejorando el método, pero, que yo

sepa, nunca cambió de objetivo, hasta incluir a los colegas que querían ser psicoanalistas. El análisis de Ferenczi es un ejemplo contundente.

Mi planteo es mantener las prioridades y no establecerlas como funciones independientes y mucho menos, excluyentes. Es necesario que permanentemente nos actualicemos con cada paciente cuando cuidamos el método, y tratemos de distinguir los dolores *inevitables* de los *innecesarios* para él. No se me escapa el aspecto subjetivo de este planteo, pero ya hemos comprendido que la *neutralidad analítica* debe operar en cuanto a la búsqueda de satisfacción de los deseos propios del analista y no tratar de materializar la utopía de ser una pantalla en blanco. No olvidemos que fue en el contexto de psicoterapias silvestres cuando Freud recomendó en “Consejos al médico” la neutralidad, tan taxativamente como lo hizo, buscando la metáfora de una pantalla en blanco.

No quiero extenderme en estas consideraciones generales acerca de la actitud analítica, si bien representan la columna vertebral que sostiene mi actitud, sea en el contexto que sea y el canal de comunicación que necesite adoptar: jugar en el suelo (y no sentado en mi sillón de analista y él acostado en el diván) con un niño al juego que proponga, sea armar torres, hacer pelear soldaditos o animales feroces o enchastrarnos con plastilina; juegos de mesa con un púber o adolescente o juegos de computadora con la notebook que trae él mismo, etc., etc. (Aryan, A. 1985, 2007, 2010).

En esta oportunidad me ocuparé del teléfono y la teleconferencia sea por skype o equivalente. Expongo aquí ideas que fui tejiendo en el trabajo con el paciente que presentaré y luego a lo largo de diez años, con 16 pacientes en total (en este momento 5, de los cuales uno está en análisis de formación). Fue él, mi primer paciente a distancia, quien me sugirió adoptar e incluir este canal de comunicación para nuestros encuentros. Yo no tenía experiencia y accedí ensayar con él ante su sugerencia y pedido, no sin vacilaciones. Pienso que nos es necesario considerar la edad emocional de un paciente, pero en este caso al tratarse de alguien de edad real de más de 40 años, viviendo una adolescencia prolongada, no me resultó previsible ni indiferente su pedido. Me preguntaba si se trataba de un *acting out*, la evitación del

dolor por la separación, de duelos no elaborados, manía empresarial, etc. También pensaba que no debería desestimar que el motivo básico de su planteo era sostener la continuidad y la intensidad del ritmo de trabajo que fue el motivo que me llevó a aceptar su propuesta. No dejaba de ser un cambio importante de encuadre que debía considerar cuidadosamente. También pensé que nos gusta y lo aceptamos de muy buen grado casi enseguida cuando un paciente de consultorio nos pide aumentar la frecuencia semanal de su tratamiento y casi no nos hacemos ninguna de las preguntas antes mencionadas. Deberíamos hacerlas con igual rigurosidad ya que al fin y al cabo también es un planteo de cambio de encuadre en cuanto a los encuentros.

Con mi nuevo paciente llegué a la conclusión de que debería aceptar el desafío de indagar la novedad e investigar particularmente si había cambios o no y cuáles eran las potencialidades del trabajo en transferencia. La contratransferencia ya era bastante turbulenta debido a la desconfianza. Podría salir de ella con comprensión y trabajo de y en la pareja analítica.

Una de mis primeras conclusiones ha sido que así como el análisis clásico no es aplicable a todo el mundo, un análisis por teléfono también debe estar adecuadamente indicado o tiene que contemplar modificaciones de su práctica, como hacemos en el caso de los niños y adolescentes o pacientes fronterizos con el análisis clásico. Asimismo, lo debe practicar solamente aquel analista que está convencido de que para el progreso del psicoanálisis debe contar con un mínimo de expectativas psicoanalíticas, al haber practicado el método con destreza y durante mucho tiempo y por esa razón haber visto también muchos pacientes con muchos o pocos deseos de analizarse. Hay otros analistas que propugnan el ejercicio férreo del análisis clásico y tradicional sin ninguna modificación, según dicen, para asegurarnos la perdurabilidad del Psicoanálisis y de los psicoanalistas.

La práctica

Paciente/analista en transferencia

A la otra conclusión global a la que voy arribando, porque ha estado en continua evolución durante estos diez años de nuevas experiencias, es que si bien no todo paciente es analizable por este medio, para mi sorpresa, he ido descubriendo sobre la marcha que no hay tantas diferencias entre las transferencias desarrolladas de los pacientes a los cuales analizo en el consultorio y de aquellos a los que analizo por teléfono. Lo que más trabajo me ha dado, sin embargo, es mi contra-transferencia. Cada vez que no entendía un material la pregunta fácil era “¿será por el teléfono?” o era simplemente por mí, que yo no entendía. ¿Era el teléfono que me dificultaba formular una interpretación y hacerme escuchar o era yo que no lograba una interpretación adecuada a la capacidad de comprensión de ese momento de mi paciente? Por eso al principio de este párrafo decía que mi conclusión global a esta altura de la experiencia es que cada vez que hay un problema de comprensión y abordaje, en general el problema soy yo en primer lugar, luego el paciente junto conmigo y casi nunca el teléfono salvo que haya problemas técnicos del medio de comunicación, ya que hay que asegurarse desde el principio del tratamiento que el aspecto técnico de la comunicación sea de buena calidad por ambas partes.

Si bien la frecuencia tiene importancia –justamente incluimos el teléfono para mantener una frecuencia–, sin embargo el análisis pasa por algunas variables y cualidades de la transferencia que no han sido plenamente contempladas. *La disposición a la vincularidad* (I. Bernstein y J. Puget, 1997) es un aspecto importante a ser considerado. Concentrarse sólo en los conceptos clásicos de resistencia, de ataque al encuadre, o de desconsideración hacia el objeto externo depositario del interno, intensifica defensas e incrementa sus repeticiones que finalmente pueden desembocar en frecuentes escaladas porque contempla en mayor medida los aspectos narcisísticos no integrados de la relación objetal interna... y sabemos que lo no integrado potencia lo más regresivo, cuyo indicador es la compulsión a la repetición. Así

parece que la transferencia es sólo repetición del pasado infantil. Mientras que un cambio de mira en la instalación del encuadre dando cabida al reconocimiento de la estructura de vínculo y sus posibilidades, hace aparecer otro paciente, quien conserva por supuesto, algunas de sus características previas.

Ya Liberman insistía en que en el proceso transferencial es necesario distinguir dos vertientes: uno de repetición de clichés infantiles como retorno de lo reprimido y otro creador de nuevas matrices, en la medida en que cada vínculo crea sus propios personajes, sus propios sujetos, con sus propias vicisitudes y cualidades. Así podemos pensar que el vínculo analítico es también creador de transferencia, no sólo receptor de la transferencia infantil. Siendo así, es posible que lo que el paciente vive como nuevo con el analista, vínculo constitutivo y punto de partida de nuevas matrices de nuevas transferencias, las transfiera luego afuera. La posibilidad de crear un encuadre según variables del paciente, cambia al paciente y cambia la visión del analista. Comienza a surgir un clima que se crea entre dos.

Estamos acostumbrados a un modelo único de transferencia donde al atender a un paciente al que le pasan cosas, conceptualizamos como *contratransferencia* cosas que a su vez le pasan al analista. Si el paciente maltrata, sentimos que nos maltrata, pero no es algo que acontece entre los dos, que construyen juntos, sino que es algo que le pasa al paciente y que repercute en el analista. Al interpretar sólo impulsos y defensas, aparece el inconsciente como cosa individual del paciente.

Creo que si el abordaje se da sólo en el marco de los conceptos habituales de relaciones objetales internas infantiles externalizadas y sus correspondientes resistencias, sea en transferencia positiva o negativa, seguiremos observando sólo las repeticiones que por momentos pueden incluso acarrear colusiones en escalada narcisística. En cambio, el aspecto transferencial que se constituye en el vínculo analítico como nuevo con el analista, como un nuevo *originario* (P. Aulagnier), será la base para nuevas fantasmaticaciones de lo nuevo desconocido que llenará ese vacío ocasionado por la no disponibilidad de los objetos primarios. Por otra parte, la constitución de lo nuevo en

el vínculo con el analista posibilitará ver a su vez otros aspectos de repetición que ahora se darán con más claridad en las relaciones cotidianas y cuya elaboración a su vez posibilitará la historización de lo infantil en contraste con lo actual. Comienza a aparecer lo que se podría llamar por ejemplo descuidos, ataques o dificultades, pero ya en otras relaciones, otros vínculos, no necesariamente en el vínculo con el analista, al que ahora se cuida mucho más que antes. No siempre el conflicto con un objeto externo es disociación de la transferencia negativa infantil. Podrían verse otras áreas de maltrato, de despliegue de la sexualidad y de la vida anímica, o soportar maltratos de ciertos objetos, sin que eso fuera maltrato en el análisis. Así se separan contextos.

En el caso de pacientes fóbicos, incluso muy inhibidos o caso contrario, pacientes de vida turbulenta y accidentada, me ha resultado de mucha utilidad la propuesta del diálogo al respecto. Además de considerar las asociaciones (verbales y *actings* reiterativos), atención flotante e interpretaciones, propongo discutir cómo considerar su vida cotidiana y ver qué surge. También acepto propuestas de su parte, siempre con la consigna de atenernos los dos a lo que surja. Son momentos de diálogo entre dos personas. Un vínculo en el que se discuten ideas. Dos personas presentes ven qué pueden hacer juntas ante un obstáculo que esté perturbando tanto al paciente como al analista. Es el aspecto del espacio analítico que se construye entre dos. Creo que esto también puede ser considerado como instalar contra-transferencia y contribuir al desarrollo de la transferencia. Junto con trabajar la relación de objetos internos, contribuye también a la evolución de la transferencia-contratransferencia trabajar con las posibilidades creativas del vínculo. Podríamos considerarla como la *dimensión prospectiva* de la relación transferencial que proponía David Liberman.

Esto nos llevaría al tema de diferenciar cuándo hay diálogo creativo entre dos y cuándo asociación libre/interpretación, vinculado a la historización de las relaciones objetales infantiles, asociado a la repetición y retorno de todo lo reprimido en general. Es imprescindible diferenciar esta repetición elaborable-historizable de la compulsión a

la repetición de lo inelaborable. Podría decirse la *dimensión retrospectiva* de la transferencia propuesta por D. Liberman.

Quiero insistir en que es fundamental incluir en el *diálogo entre dos*, tanto el deseo de análisis como los obstáculos que pueden surgir durante su aplicación. Dialogar, para ver qué pueden hacer juntas dos personas al ponerlo en práctica y evitar que el método sea un lecho de Procusto; esta actitud también contribuye a instalar transferencia-contratransferencia.

Con esta forma de acercarse al analizante, se crea una zona en la relación con el analista en la que se toman en cuenta hechos, sin dar por sentado todavía que están determinados por un pasado. Entonces se transfiere esto a la manera de pensar los vínculos actuales, a lo cual después resulta posible incluir la historia. Lo creado junto con el analista se transfiere como modalidad de pensamiento, para detectar, captar y entender la realidad actual y especialmente comprometerse afectivamente, en lugar de mantener una distancia fóbico-obsesiva, según elucubraciones previas al contacto con la realidad. Se constituye la dimensión de “ir haciendo con otro presente” (Janine Puget) que es diferente a hacer sólo en base a una repetición de los modelos infantiles. Entonces se siente la necesidad del otro como otro para luego interiorizarlo y no como una repetición de sus modelos infantiles. Es frecuente e interesante observar cómo se anhela, porque se lo valora, reeditar desde ahora con los objetos externos, el modelo nuevo de relación logrado con el analista. No siempre es usurpación del rol e identificación maníaca con la tríada defensiva negación-desprecio-triunfo sobre el objeto interno depositado en el analista o disociado en uno externo. Por otra parte, la elaboración de esta nueva confusión y repetición en dirección inversa, posibilita que con esa otra persona externa se cree un método subjetivante propio, ya que se percibe toda otra historia. Pienso que esta manera de abordar las confusiones adentro-afuera, no sólo y siempre como resistencia y *acting out*, posibilita evitar las transferencias negativas innecesarias y iatrogénicas.

Debido a estas experiencias clínicas, sostenemos que la posibilidad de instrumentar –por ejemplo– un cambio de encuadre, cambia al

paciente y cambia la visión del analista. Si el analista cree que con este cambio puede ayudar analíticamente a un paciente, pensamos que es ético y legítimo habilitar un *setting* específico aunque esté por fuera de lo clásicamente consensuado. De acuerdo a cómo evoluciona la experiencia, se irá evaluando si se está instalando un proceso analítico y si la conducción de la transferencia resulta viable con la nueva manera de implementar el encuadre. Sostener la situación analítica siempre favorecerá la emergencia de las fantasías inconscientes.

Material clínico ²

A modo de modelo de situación, quiero presentarles el material de un paciente de 44 años, que padece una *claustrofobia subclínica* en sus relaciones de todo tipo, pero obviamente mucho más intensamente en sus relaciones amorosas. Dice estar complicado en su vida, que no sabe ni cómo pensarla ni cómo organizarla. Que medita mucho pero no encuentra soluciones. Que no puede terminar de hacerse cargo de su vida, a pesar de ser una persona que ha trabajado desde los 17 años hasta los 40, 41, cuando se vendió una importante empresa familiar, fundada por los abuelos, con la participación de tíos y primos. La venta se decidió por su iniciativa y logró beneficiar ampliamente a su padre. Luego empezó en forma independiente un proyecto nuevo. Aún no se ha casado y aclara que no tiene hijos. Insiste, en que si bien es una persona que toma decisiones y es responsable en muchos aspectos, siempre tiene la sensación de no ser él el verdadero protagonista de su vida. Ensayo una interpretación: “Me cuesta mucho desprenderme del pasado para incorporar cosas nuevas. Empecé una empresa nueva, compré un departamento en Europa, abrí oficinas allí, tengo ganas de emigrar... pero no quiero abandonar lo que tengo y dar el salto. Lo mismo con las parejas que he tenido. De la última me separé hace dos años y todavía no termino de renunciar a ella. Fue una relación muy fuerte pero nunca convivimos. Hicimos una casa en la costa juntos,

² Este material clínico ha aparecido en forma reducida en “Psicoanálisis a distancia” de Ricardo Carlino como el Analista B, en la pág. 210.

ladrillo tras ladrillo, pero no terminé de asumirla como pareja y después de diez años nos separamos. Han pasado dos años y no termino todavía de decir ‘bueno, che, da vuelta la hoja y arrancá con una nueva vida! O volvé con ella’ y quedo enrollado entre la vida con ella, que era muy bonita, y mi sentimiento de incapacidad para tener una pareja, por la responsabilidad que significa. Quiero romper con el pasado, pero no termino de dar el paso para adelante”. Lo asocia a un permanente cuestionarse cuánto es él cuando vive y cuánto una imagen que se han formado de él los demás. Es el hijo mayor que ocupó un lugar importante dentro de la familia, padre, madre y hermanos. También socialmente tiene muchas cosas lindas, pero no termina de sentir las propias. “La verdad, mis 44 años tampoco ayudan”.

Me pareció una persona inteligente, a un señalamiento mío de que llamaba “complicaciones” a todo lo que me había contado, rápidamente supo contestarme que él siempre había sido más responsable que disfrutador. Tenía algunas lecturas (Nietzsche, Sartre, *Hamlet*) que le servían más bien para sus racionalizaciones. “Tengo una visión tremendamente descarnada de la vida... también un poco cínica. Vengo con eso, medio de fábrica. En mis 20 años, me enteré que eso era el existencialismo. La vida del ser humano es, inevitablemente, una condición dura de aceptar. Mis lecturas siempre me han llevado para ese lado y lo que veo alrededor, me la refuerza. El concepto de felicidad y la forma en que vive el ser humano nunca me han cerrado. Siempre me parece que de alguna manera tenemos que engañarnos, pero yo, no me puedo engañar. Y con 44 años ya es peor la cosa. Tampoco me puedo decir: ‘bueno, che, a ver... Juan! No meemos muy lejos del tarro, está bien que no sos un viejo ni mucho menos, estás sano, pero tampoco la pavada, no te hagas el pendejo pelotudo’”. Era muy frecuente esta manera de hablarse en diálogo.

Hábilmente defendido, parecía una persona narcisista, competitivo y particularmente frágil en su autoestima. Fracaso del padre edípico que no consigue legislar y pacificar con identificaciones secundarias a rasgos del objeto perdido, e incorporarlas al Ideal del Yo tras aceptar la pérdida y hacer el duelo. En cambio su Superyó, diferente al Ideal del Yo y equivalente al *Urvater*, omnisciente y todopoderoso, ilusio-

nándolo con la completud narcisista, ordena lo imposible: sólo goza, no es necesario que pagues nada! Es más representante del Ello pulsional relacionado con un Yo ideal, donde no hay renuncia ni pérdidas. Por esta razón, cada vez que tiene que renunciar a algo se siente despreciable por este Superyó y amenazado con la pérdida de su amor; imposibilitado de hacer el duelo, cae en la melancolía.

Había tenido un tratamiento entre los 20 y 27 años con una analista lacaniana y al año había vuelto por casi dos años más. Se había sentido muy cómodo. Lo que recordaba era que trabajando en la empresa familiar, no se animaba suspender sus responsabilidades y hacer un viaje de tres meses a Europa y esta analista le dijo: “déjese de joder Juan, váyase a disfrutar”.

Antes de consultarme había visto al terapeuta de un amigo para una derivación y se había decepcionado al ver que intentó retenerlo como paciente. Después había visto otra persona mayor, porque esta vez quería un hombre y mayor, le pareció un poco *light*, poco desafiante, que hablaba mucho y opinaba, que las cosas que le pasaban eran comunes y frecuentes y que simplemente había que aceptarlas. Le parecía que esta persona no había captado la profundidad de lo que él decía... “aunque yo sé que siempre me la creo”. Y agregó: “me gusta estar en pareja, pero reconozco que no soy una persona capaz de asumir los costos de una decisión, si uno elige algo, renuncia al resto. Me doy cuenta de las cosas, las pienso, las razono, pero me cuesta asumirlas, en el momento me achico, soy cobarde”.

Estaba aparentemente claro que en lo manifiesto pedía poder definirse en sus elecciones, pero no dejaban de resonar en mí: “no soy capaz de comprometerme, no soy capaz de asumir los costos de una decisión, la condición de vida del ser humano es dura de aceptar”. ¿Cómo encarar un análisis sin compromiso y con muchas dificultades de asumir los costos, especialmente de tiempo y de heridas en su autoestima, con un Superyó todavía tan personificado?

En nuestro segundo encuentro lo primero que me dijo era que se había sentido cómodo, más bien comprendido y la pauta era que a la salida y también días posteriores había podido pensar más sobre las cosas que me había dicho. Había recordado que al cobrar su primer

suelo importante, había decidido mudarse, pero que hasta el día de hoy no sabía por qué había decidido eso teniendo sólo 21 años, una familia bien constituida y un hogar cómodo. ¿Esa vez había sido resuelto y valiente? Al año había comenzado un análisis con la analista antes mencionada. También había pensado que parecería que separarse de una persona importante lleva un tiempito largo... un par de años y que en su actual separación, lo estaba viviendo. Pero le causaba mucha tristeza la separación.

Esta reflexión mejoraba el pronóstico de nuestra posible relación. Igualmente me era evidente que quería y no quería “armar una pareja” terapéutica. Hacia el final de la entrevista le dije que me parecía pertinente su deseo de analizarse porque la mayoría de sus autoobservaciones eran correctas, pero no le servían para disminuir su sufrimiento porque él oscilaba entre ser a veces demasiado intelectual y otras, pasional, así como sus lecturas le permitían hacer consideraciones realistas sobre la naturaleza humana, pero no le permitían comprender la realidad de sus sentimientos. Le dije que asumía ser su analista y le pregunté qué idea se había hecho de un tratamiento. Me dijo que había pensado en una sesión semanal, no por el costo económico, pero sí por su situación laboral: semana por medio viajaba a un país limítrofe por tres días hábiles y cada seis semanas viajaba a Europa por dos o tres semanas y su próximo viaje era a los diez días. Además muchos fines de semana iba a la Costa, a la casa construida con su ex-novia, a hacer retiros espirituales.

Para mí era difícil decidir un encuadre, tanto por su vida real de estar en tres países y no estar en ninguno, como por sus fantasías de inseguridad, claustrofobia y discontinuidad defensiva, operantes en las relaciones, y su Superyó todavía tan personificado (sus diálogos internos que le hacía sentir que era y no era él cuando vivía, pensaba y actuaba), que implicaba el peligro de mi contraidentificación competitiva. Una cosa era entender su psicopatología y otra era operar psicoanalíticamente. Le dije que dada la complejidad de su situación de poca disponibilidad era mejor pensar con tiempo en la entrevista siguiente, donde yo también necesitaba pensar y plantear cómo trabajar juntos. Estuvo muy de acuerdo.

Después de pensar mucho qué encuadre plantearle, le dije que necesitábamos trabajar sus múltiples respuestas-explicaciones para las cosas que le pasaban, se le repetían y no le habían dado resultado, porque para él sus explicaciones ya eran creencias inamovibles y le surgían muy pocas preguntas nuevas. Que él necesitaba acercarse a sus cuestiones, cuestiones que demandaban un pensar que no fuera una vez para siempre. Para esto, por el momento empezaríamos con dos sesiones, pero pasaríamos a tres si veíamos que no resultaban suficientes.

Un tanto para mi sorpresa, aceptó con alivio.

A los dos meses retomó con su novia. Durante tres o cuatro meses estuvimos trabajando cuán poco compartía su vida cotidiana conmigo y en cambio quería revisar la solidez de sus conceptualizaciones, culpabilizado, hostigado y descalificado o confirmado por “la voz”. Era para no construir una cotidianeidad conmigo y sentirse afectivamente ligado y expuesto.

Un lunes, al regreso del país limítrofe me relató que el fin de semana anterior había estado allí muy angustiado, sin poder concentrarse en nada de lo que le gustaba hacer: no había podido escuchar música, ni leer el diario, ni escribir, ni salir a correr. Me confió que muchas veces le pasaba eso en sus tiempos libres, pero que había sido mucho más intenso esta vez y no se explicaba por qué. También estaba muy fastidiado. Le recordé que después de la sesión del miércoles se iba de nuevo a Europa y que tal vez ahora la discontinuidad le molestaba más que antes.

A su regreso de Europa dijo que había pensado proponerme que en la semana completa que estaba en Buenos Aires hiciésemos tres sesiones y si me parecía bien. Le dije que si bien no le podía ofrecer una hora fija, era posible hacerla, siempre y cuando me avisara con tiempo cuál semana iba a ser. Seguimos así dos meses más. Como era lógico prever, hubo irregularidades en sus avisos para esas semanas de tres sesiones, al alterar la programación de sus viajes cortos. A la vez, hacía grandes esfuerzos para combinar las horas de los vuelos. Al principio decía que “la voz” le reprochaba haber salido impunemente con la suya, de imponerme sus tiempos. Le dije que prefería aceptarse culpable antes de sentirse deseoso de estar cada vez más conmigo.

aunque con recelo. Que él tiene organizada su vida para que no sólo le pase con su novia, sino con los lugares, pertenencias, etc., pero que es probable que en este momento, más allá de todas sus interrupciones y sus viajes, la relación conmigo lo estuviese reconciliando con poder estar más tiempo en un lugar.

Mi preocupación habitual era respetar la distancia prudencial que él necesitaba. Si me sentía distante, se sentía solo, abandonado y angustiado; si le resultaba muy próximo, aparecía la claustrofobia y se incrementaban sus diálogos con la voz, aunque se viese atrapado en una relación sado-masoquista. De todos modos, su relación conmigo iba consolidándose.

Un lunes dijo “me estoy encariñando con este Dr. Aryan!” porque había postergado el vuelo del miércoles a Chile para poder tener la sesión “y no sé, si esto de encariñarme con el analista no va a traer problemas para el tratamiento. Porque al analista hay que tomarlo como analista”. Y con preocupación agregó que quería entender esto de sobrecargarse con los sentimientos, porque no le permitía pensar y eso lo fastidiaba. Acongojándose cada vez más, relató que la noche anterior había ido con su familia y la novia al teatro. Todos muy a gusto entre sí. Mientras que él se preguntaba “¿yo qué mierda quiero de la vida que no estoy conforme con esta vida que llevo?”. Se reprochaba y al mismo tiempo pensaba que “todo esto me gusta, pero no puedo estar acá”. Estaba incómodo y no lo disfrutaba porque a medida que se estrechaba la relación con la novia, aumentaba su rechazo sexual y se sentía culpable y responsable de no procurarle el bienestar merecido. Le parecía absolutamente injusto y loco, porque la novia era “una mujer divina, aparte de ser hermosa”. Que esa mañana se abrazó a ella y lloró diciendo que no sabía qué le pasaba. Y en sesión continuó contándome todo llorando. A modo de síntesis agregó: “este estado no lo soporto más”.

Entonces le dije que por un lado sentía un montón de cosas considerándose ahora auténtico consigo mismo, pero sentir tanto, lo hacía despreciable. Que no estaba bien sentir tanto porque tal vez no es de hombre y que era una especie de paradoja que él debiese estar sufriendo.

Entonces asoció con que el papá de la novia está con Alzheimer, pero muy dócilmente se deja llevar de acá para allá en silla de ruedas por la esposa que lo atiende muy cariñosamente. Él de 90 años y la esposa de setenta largos. Parecía una escena amorosa de dos viejitos, pero al mismo tiempo parecía que el Alzheimer era la condición necesaria. Mientras que sus padres... hace 45 años que se pasan discutiendo. Papá si toma más de un vaso de vino se pone violento y el fin de semana había tomado como siete vasos, no uno. Y estaba a las repunteadas. Y que la mamá no se queda atrás... en vez de contenerlo.

Que el padre se parece al abuelo. Hasta ahora el abuelo no había surgido. Empezó a hablar de la empresa familiar, donde el papá era muy lúcido, pero en manos de la madre, es muy frágil. Se pone gritón si toma vino. Que en la empresa también era gritón con los empleados, pero no tenía empuje en el trabajo. Y que el abuelo también era gritón y la abuela sumisa. Me surgió preguntarle si era el padre del padre. Me aclaró que era “el papá de la esposa de él”. Una manera retorcida de referirse a su propia madre. Para mi sorpresa, este abuelo era el suegro del padre. Hasta ahora me había parecido la empresa, cosa de la familia del apellido de él porque cuando él hablaba del padre y del hermano del padre y otros tíos, me daba la impresión que la empresa era de la familia paterna. Apellido mencionado en casi todas las sesiones cuando “la voz” le hablaba. De modo que el padre había entrado a la empresa por haberse casado con la esposa, hija y hermana de toda esta gente. Y que en la empresa, lo habían asignado al padre al sector libros porque era lector y más culto. Mientras que los tíos atendían los otros sectores, de gran empuje. Toda una situación familiar donde la línea materna era la fuerte, hasta económicamente.

Entonces le dije que tal vez cuando se sentía como aquel fin de semana en Chile o como anoche en el teatro, me estaba diciendo que no sabía a quién parecerse y que no es que no sabía qué quería, sino que más bien se trataba de cómo escaparse de donde estaba, por si estando ahí a gusto, lo hacía parecerse a alguno de los hombres de esta gran familia y sellar la situación. ¿A quién parecerse, al abuelo, a algún tío o al papá? Se alivió muchísimo. Entonces agregó las características de estos tíos. Tenía un público de parientes en la cabeza. Y que entonces si él fuera sincero tendría que decir “en verdad, me parezco a fulano.

Es obvio porque soy así, o se me ve así”. Si él era sensible y lector, se parecía al padre, que es el sensible y “el del sector libros”. Aparentemente era parecido al papá y no a los tíos o al abuelo. Y él no sabía si eso le gustaba o no le gustaba, si quería también parecerse a un tío, pero no podía.

También lo relacioné con la pareja: dado esto, qué tipo de esposa hay que tener porque la esposa va a sellar también su elección del modelo masculino, ¿alguien parecida a la abuela sumisa, a la mamá, a la esposa de alguno de estos tíos? Su masculinidad lo comprometía, tenía una gran confusión con todo esto porque tal vez querría tener a todos dentro de él sin renunciar a nada, cada uno tendría una parte de él y él una parte de cada uno. En cambio, si optaba por la solución de no parecerse a nadie, no podía parar en ningún lado y terminaba en un vivir desarraigado. Pero ahora podíamos pensar que con esta solución padecía la contraparte: el “no es”. El llamaba “no ser sincero” al corolario de no querer parecerse a nadie, porque sabía que así se hacía inasible. Para conmigo quedaba como un imprevisible que nunca sé dónde está y qué va a hacer ¿va a viajar o no y cuándo?

La fragilidad de no estar en ningún lado confundía con falta de sinceridad. Y que entonces siempre creía que estaba mintiendo, siempre creía que su mensaje no es, porque había otro mensaje. En cambio, si se fijaba en un lugar y se instalaba con un sentir mucho, como le estaba pasando con la novia y conmigo, entraba en pánico porque creía que tenía que renunciar a su solución de tener una vida de no parecerse a nadie.

Así estábamos armando una historia de una familia que no teníamos, porque al andar de acá para allá no había tiempo.

En la sesión siguiente pudimos ampliar con que no querer ser nadie podría tener que ver con el clima de pelea permanente de los padres. Con una pareja parental que por narcisismo están permanentemente en pelea, los hijos no tienen un lugar, no tienen con quien estar. Por otra parte, un padre alcohólico también infunde mucha inseguridad. Será un padre gritón, pero la última palabra es de la madre; tampoco le había servido “estar con los libros”: para poder tener una esposa fiel y abnegada era necesario padecer Alzheimer.

Lo que me interesaba era que comprendiese que el no querer parecerse a nadie, tenía algo que ver con esta cuestión de la gran familia de la infancia y el sentir no tener rival respecto al lugar del padre en las peleas con la madre. Que tener lugar es definirse en uno de los bandos, cosa difícil porque perdería al otro. Entonces se ha organizado una vida en que no está en ningún lado ni puede jugarse por nadie. Estaba un poco en todos lados y no estaba en ninguno. Que si bien lo asustaba como siempre el “encariñarse” ahora “con el Dr. Aryan”, pareciera que él sentía que en este momento la relación con el Dr. Aryan, es sólida, porque por más que él va y viene, el Dr. Aryan está y se amolda. Es un vínculo más allá de los viajes. Eso lo estaba tranquilizando y permitiendo revisar su historia, en la que no podía estar con ninguno y podía comprender lo mal que lo pasa cuando no está en ningún lado. Es probable que en este momento, más allá de todas sus interrupciones y sus viajes, la relación conmigo lo esté reconciliando con poder estar en un lugar y que esto lo organiza. Si en este lugar empieza a ser posible estar y sentir mucho, entonces puede empezar a pensar su historia con más claridad y ver de qué manera influyó en cómo se siente en su vida actual.

Fue a Chile y volvió. Al cabo de una semana de tres sesiones viajaba otra vez a España.

En el último mes del año hacía su viaje a Europa, pero esta vez a su regreso iba directamente a las oficinas del país vecino. No nos veríamos por un mes, luego pasaba por Buenos Aires por una semana y después se iba a una provincia del oeste a festejar las fiestas y continuar con sus vacaciones en la Costa. A esto se agregaban dos semanas de mis vacaciones. Apenas interrumpido por dos sesiones, no nos veríamos por dos meses y medio. El tema de la discontinuidad resaltaba esta vez con mucha crudeza, no sólo por el tiempo real de separación sino además porque se sentía cada vez más interesado en el trabajo analítico, el compromiso afectivo era de entusiasmo, preocupación por cuánto conservaba de cada sesión y especialmente porque había una desidealización paulatina de los grandes conflictos internos y valorización de la vida cotidiana.

Comenzó la penúltima sesión antes de viajar, diciendo: “Ya le dije que en unos días me voy a Europa. Por el otro lado debo reconocer que teniendo sesiones seguidas últimamente han sido mucho más productivas. Yo alguna vez lo había escuchado, pero no sé si usted estaría de acuerdo... ¿si hacemos sesiones telefónicas? Yo lo llamaría de Europa a la hora de mis sesiones”. Me sentí descolocado. Hice tiempo para preparar una contestación. Me pregunté si podía sostener un diálogo analítico por teléfono, ¿cómo sería?, ¿resultaría? Recordé aquello que me dijo en una oportunidad, uno de mis supervisores oficiales, D. Liberman: ante mis dificultades contratransferenciales con una paciente histérica y muy histriónica en el diván con su angustia y reproches de abandono, Liberman me dijo que la escuchara e interpretara sin mirarla. “Como si usted estuviese escuchándola por teléfono”, me dijo. Pensé también que evidentemente el paciente me necesita más de lo que parecía, aunque parezca que le resulta muy difícil ponerse en el lugar del necesitado. El hecho es que le cuesta irse. Aceptaría los efectos de lo trabajado. Cuando me repuse de mi sorpresa, le dije que yo también he escuchado y que eso lo tendríamos que probar en nuestra relación. Que no hay una pauta por sí o por no, sino que habría que ver, que cuando él me llama y podemos trabajar y eso resulta productivo, la seguiríamos utilizando y si no, no. Con la idea de que la relación se construye.

Si bien dije esto, después de sesión no me quedé muy tranquilo. Pensé si debería introducir alguna diferencia en la frecuencia con la concurrencia al consultorio. Que no contribuyese a una fantasía omnipotente y negación maníaca del efecto de las distancias. Necesitaba también pensar qué iba yo a hacer por teléfono, cómo sería mi contratransferencia, qué características tendría su transferencia, etc.

A los pocos minutos de nuestro primer acuerdo, interrumpió su discurso y dijo: “¿Sabe? eso de llamarlo por teléfono ahora me suena un poco frívolo, de señora gorda que llama porque no tiene nada que hacer o que va a tomar el té. Me da un poco de vergüenza”. Comenzaban ya asociaciones y elaboración de su nueva propuesta. Sentía vergüenza porque ahora le interesaban las pequeñas cosas de todos los

días. Desde las primeras llamadas telefónicas el tema de qué le pasa y qué hace con su cotidianeidad pasó a un primer plano. No me iba a llamar ni por urgencias ni por planteos seudofilosóficos. Este replanteo era válido también para mí. Aceptar que ahora la llamada telefónica no era para situaciones de gravedad.

Ahora ya hace ocho meses que sesiones telefónicas complementan a las de Buenos Aires. Hemos descubierto los dos vivencialmente la diferencia entre ellas: una comunicación telefónica para trabajar psicoanalíticamente con el encuadre pertinente para eso es muy diferente a cualquier otro tipo de llamada telefónica.

Comentarios

A través del material clínico y por haber ensayado un nuevo método totalmente imprevisto y sorpresivo, para mí fue pareciendo con mayor claridad que en el análisis como método terapéutico, el mantenimiento del contrato analítico, puede pasar por diferentes variables. No sólo por lo que tradicionalmente sabemos, si bien la frecuencia tiene importancia porque para eso surgió en este caso el apelar al teléfono, podemos considerar otras variables, algunas cualidades de la transferencia que surgieron después, cuestiones que habrá que considerar con mucha precisión cada vez, cuáles son. Pero sí hubo algunos componentes de la transferencia que aparecieron a partir de este nuevo sistema, que no aparecían, diría, no estaban en su transferencia infantil. Por ejemplo, en cierto momento yo tomaba sus ausencias como resistencia, me producía malestar y al mismo tiempo un impulso de imponer alguna pauta o norma, que interpreté como contratransferencial. Eso se disolvió, si bien aparecieron otras ligadas a la transferencia. Para mí fue muy notorio el cambio del paciente que venía antes que era bastante desprolijo, disperso, confuso y también un tanto maltratante de su análisis. El contexto nuevo, un cambio de mira de instalación de encuadre, creó un nuevo personaje. Si bien probablemente irían apareciendo descuidos de otro tipo, comenzó a aparecer una persona muy cuidadosa de sus horarios y de su análisis, una persona capaz de cuidar algo suyo, que es la relación conmigo, cosa

que no aparecía antes, conservando a la vez por supuesto, algunas características particulares.

La transferencia no es sólo repetición. Pueden aparecer nuevos aspectos, una vez que la novedad se transforma en hecho clínico y el obstáculo en posibilidad de indagar más. Creo que si en este caso insistía sólo en el marco de los conceptos habituales de resistencia, de ataque al encuadre, o de desconsideración hacia el objeto, iban a seguir apareciendo sólo repeticiones. La posibilidad de ver –por ejemplo– un cambio de encuadre juntos, cambia el paciente y cambia la visión del analista. Comienza a surgir un clima que se crea entre dos personas.

Mientras que haciendo por ejemplo ese trabajo con el tema del teléfono.... el paciente propuso y yo pensé qué hacer, pero no de mi lado solamente. Le propuse hablarlo, aportó sus asociaciones, yo tuve mi recuerdo con mi supervisor... Hubo todo un diálogo. Dos personas presentes que ven qué pueden hacer juntas ante un obstáculo que está perturbando tanto al analista como al paciente. Creo que esto también es instalar contratransferencia y contribuir al desarrollo de la transferencia. El espacio analítico también se construye entre dos. Junto con el trabajar con la relación con los objetos internos, también contribuye a la evolución de la transferencia-contratransferencia el trabajar con aquello que puede crearse entre dos.

Esto nos llevaría al tema de diferenciar cuándo hay diálogo creativo entre dos y cuándo asociación libre/interpretación, vinculado a la historización de sus relaciones objetales infantiles o asociado a las repeticiones de lo secundariamente reprimido y de la compulsión a la repetición.

Con esta forma de trabajar, ahora está apareciendo la estructura familiar, padres, hermanos, tíos donde confronta la estructura infantil con la actual. Hasta ahora era sólo en la pareja y los negocios donde aplicaba ideas filosóficas sobre para qué sirve la vida. En vez de tener preconceptos sobre hechos de la vida antes de vivirlos, está ahora haciendo al revés, vive los hechos, relata su cotidianeidad y después asocia y piensa sobre todo ello. Algo similar a lo que yo hice cuando se presentó el hecho-obstáculo de la discontinuidad. Algo así como transferencia al revés. Él creó una relación conmigo en que tomamos

en cuenta hechos sin dar por sentado que estaban determinados por un pasado. Entonces ahora transfiere eso a su manera de pensar sus vínculos actuales, a lo cual después resulta posible incluir la historia. Lo creado conmigo lo transfiere como modalidad de pensamiento, de entender o de detectar, de captar su realidad y también comprometerse, en lugar de comprometerse según elucubraciones pseudofilosóficas previas a la realidad. Antes, él no averiguaba quién era la persona, sino que la voz le decía cómo había que hacer las cosas. Y eso era un poco la transferencia de él, de su historia directamente aplicada a la realidad actual. Mientras que actualmente es como si hubiera constituido o captado la dimensión de “ir haciendo con otro” que es diferente a hacer solo. Entonces siente la necesidad del otro como otro, no como una repetición de sus modelos infantiles.

Sin concluir

– Freud consiguió hacer del obstáculo de la transferencia un motor, esa herencia nos compromete a seguir en la misma línea.

– El Psicoanálisis como pensamiento no sé perderá más, sólo depende de que hayan pensadores que lo quieran pensar.

– El Psicoanálisis como actividad profesional peligrará si no encontramos nuevos puntos de encuentro con los pacientes y con los nuevos aspirantes a psicoanalistas en el siglo XXI (IPA 2003, Argentieri, S., & Amati Mehler, J. 2003, Brainsky, S. 2003, Anderson, G. 2009, Aryan, A-Carlino, R. y col. 2009, IPA 2009).

– Las novedades siempre las sentimos como amenazas. Por esa razón siempre lleva tiempo y sinsabores encontrar cada vez el punto apropiado entre *permanencia* y *cambio*, el par de categorías a reconsiderar siempre sin certezas ni garantes. Las estructuras institucionales son necesariamente más lentas que lo que es nuestra clínica de cada día (Aryan, A., Carlino, R. 2010).

– El analista debe evitar toda forma de cura por identificación con su hacer, para dirigir la mirada a todo intento de complejización y creatividad del analizante. Creo que este tipo de identificaciones e intelectualizaciones difícilmente tienen lugar si realmente logramos

trabajar *entre* dos. Después de todo, la asimetría se refiere al hecho de que solamente se hablará de las particularidades, deseos, cotidianeidad e historia del paciente. Es otra forma de referirse a lo que recomendó Freud cuando habló de la pantalla en blanco.

– Algo aún más importante es que dirigiendo la mirada a todo intento de complejización y creatividad del analizante se puede favorecer todo lo que se presenta como diferencia.

– Por ende no todo paciente es analizable por este medio de comunicación, ni todo analista puede adoptarlo. Considero fundamental los aportes de D. Liberman y D. Meltzer en cuanto a que el método incluye *sine qua non* para que pueda desarrollarse la transferencia, los *rasgos personales del analista* y su manera de aplicar el método y descartar definitivamente la idea platónica del analista ideal arquetípica. Hay analistas que se sienten incómodos analizando cara a cara, otros sienten que es imposible trabajar ante las irregularidades de encuadre que presenta un adolescente, o porque deben considerar entrevistas familiares y/o medicación en un paciente borderline... por una cuestión ética es conveniente que no lo hagan si no cumplen con lo que consideran que deben hacer como psicoanalista. De igual manera debería ser enfocado el trabajar o no con teléfono. Es necesario considerar si pueden o no indagar psicoanalíticamente y aliviar a un paciente posibilitando cambios psíquicos.

Adoptar el medio de comunicación del teléfono/skype es una posibilidad o imposibilidad personal no del método.

El método de analizar por teléfono está ahí, habrá o no pensadores. Hay que continuar pensando.

Bibliografía

- AULAGNIER, P. (1975) *La violencia de la interpretación. Del pictograma al enunciado*. Buenos Aires, Amorrortu, 1997.
- ANDERSON, G. (2009) "Telephone analysis". Panel at 46th IPA Congress, Chicago, IL.
- ARGENTIERI, S., & AMATI MEHLER, J. (2003) "Telephone 'analysis': Hello, who's

- speaking?" *Insight*, Newsletter IPA 12(1):17-19. Available: www.ipa.org.uk/Files/media/PrevSite/Docs/NewsMagazines/IPA_ENG_12.1.pdf
- ARYAN, A. (1985) "La adolescencia: aportaciones a la metapsicología psicopatológica". *Psicoanálisis*. Rev. de APdeBA, Vol. VII, N° 3, 1985.
- "El proceso psicoanalítico en la adolescencia". En *Psicoanálisis*, Rev. de APdeBA, vol. VII, n° 3, 1985
- (1994) "Transferencia-contratransferencia y elaboración en psicoanálisis del adolescente". Relato Jornadas de Psicoanálisis de Niños y Adolescentes de Asoc. Psic. Arg.
- (2003) Setting ¿Cambios o transformaciones? Reconsideración del encuadre y de la transferencia-contratransferencia a la luz de las novedades tecnológicas. Para el 43° IPA Congress. Toronto, Canada, Julio 2003, suspendido. Inédito.
- (2007) *Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica en el Siglo XXI*. Capítulo 2, Libros Certeza, 2007, Zaragoza, España.
- ARYAN, A., & CARLINO, R. Y COL. (2009) "Análisis por teléfono". Panel at 46th IPA Congress. Chicago, IL
- ARYAN, A. (2009) Prólogo al libro *Psicoanálisis a distancia*, de Ricardo Carlino
- ARYAN, A. Y CARLINO, R. (2010) Desafíos del y al psicoanálisis contemporáneo. Vicisitudes de lo establecido frente a lo nuevo que va surgiendo. El psicoanálisis telefónico. VI Congreso Internacional y Multidisciplinario APU. Montevideo, Uruguay.
- ARYAN, A. & MOGUILLANSKY, C. (2009) "Transferencia-Contratransferencia en el análisis de adolescentes". Cap. 4 del libro *Clínica de Adolescentes*. Edit. Teseo, Buenos Aires.
- BARANGER, M., & BARANGER, W. (1961) La situación analítica como campo dinámico. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, 4(1): 3-54.
- BERENSTEIN, I. & PUGET, J. (1997) Disposición a la vincularidad. En *Lo vincular*. Edit. Paidós, Buenos Aires.
- BRAINSKY, S. (2003) "Adapting to, or idealizing technology?" *Insight*, 12(1): 22-24. http://www.ipa.org.uk/Files/media/PrevSite/Docs/NewsMagazines/IPA_ENG_12.1.pdf
- DE SAINT-EXUPÉRY, A. (1943) *El Principito*. Barcelona. Salamandra, 2000.
- FREUD, S. (1937) Análisis terminable e interminable. Standard Edition 23: 211.
- IPA (2003) "En Profundidad" (2003). Suplemento de *Newsletter IPA*: "Análisis por Teléfono": Siete Psicoanalistas expresan su opinión. Vol. 12, Junio 2003.
- (2009). Panel (LDG) de "Telephone Analysis". Chair: Hanly (Canada); Panelistas: Anderson, G., Scharff, D., Savege Scharff, J. (EEUU); Neville Symington (UK/Australia) Aryan, A.; Berenstein, S. P. de, Carlino, R., Grinfeld, P., y Lutenberg, J. (Argentina). 46° Congreso de la IPA, Chicago, Illinois.
- LIBERMAN, D. (1970) *Lingüística, interacción comunicativa y proceso psicoanalítico*. Tomo I, cap II, 2 y 5, pág. 86 y 94. Buenos Aires, Edic. Nueva Visión, 1970.
- *Idem*, tomo I, cap. IV, 7, pág. 284.

ASBED ARYAN

- MANTYKOW DE SOLA, B. (2007) En torno a la situación analítica y su construcción en la “situación” actual. *Psicoanálisis*, 29(2): 313-340.
- MELTZER, D. (1968) *El Proceso Psicoanalítico*. Buenos Aires. Hormé, 1968.
- PUGET, J. (2004) “Los prejuicios como instrumento discriminatorio”. Trabajo leído ante la Asociación Madres de Plaza de Mayo.
- ZALUSKY, S. (2003) Dialogue: Telephone analysis. *Insight Newsletter IPA* 12(1):13.